

ÉPOCA OCTAVA

DESDE EL TRATADO DE WESTFALIA (1648) HASTA EL ADVENIMIENTO DE SU SANTIDAD PIO IX
QUE GLORIOSAMENTE GOBIERNA (1846).

CAPITULO PRIMERO.

SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE INOCENCIO X (15 de setiembre de 1644-7 de enero de 1655).

1. Carácter de la época octava de la historia de la Iglesia. — 2. Discurso del marqués de Saint-Chamond, embajador de Francia en Roma, á los cardenales reunidos en conclave. Eleccion de Inocencio X. — 3. El duque de Castro hace asesinar al obispo de esta ciudad. Inocencio X manda arrasar la ciudad de Castro. Negociado de Antonio Barberini. — 4. Mazaniello. Juan IV, rey de Portugal, cabeza de la casa de Braganza. — 5. Tratado de Westfalia. — 6. Carlos I, rey de Inglaterra. *Covenant* firmado en Escocia por los Puritanos. — 7. Cromwell. — 8. Muerte de Carlos I. La Fronda. — 9. Negocios del jansenismo. Bula *Cum in occasione. Silencio respetuoso*. — 10. Muerte de Inocencio X.

§ II. PONTIFICADO DE ALEJANDRO VII (7 de abril de 1655-22 de mayo de 1667.)

11. Eleccion de Alejandro VII. — 12. Cristina de Suecia. — 13. *Preadamitas*. Abjuracion de Isaac de la Peyrère, cabeza de los *Preadamitas*. — 14. Disidencia entre la corte de Francia y Alejandro VII respecto de la administracion de la diócesis de París en ausencia del cardenal de Retz, arzobispo de París. — 15. Paz de los Pireneos entre Francia y España. — 16. Muerte del cardenal Mazarino. Su carácter. — 17. Luis XIV. Su siglo. — 18. Lo del duque de Crequi, embajador de Francia en Roma. — 19. Bula de Alejandro VII contra el jansenismo. — 20. Formulario. — 21. Ordenanza de los vicarios generales de la diócesis de París, sobre el formulario. — 22. Nuevo formulario de Alejandro VII. Resistencia de los *cuatro obispos*. Muerte de Alejandro VII.

§ III. PONTIFICADO DE CLEMENTE IX (20 de junio de 1667-9 de diciembre de 1669).

23. Paz de Clemente IX, llamada *Paz Clementina* en lo del jansenismo. — 24. Breve de Clemente IX á los *cuatro obispos* refractarios. — 25. Relacion del jansenismo con el galicanismo. Marco Antonio de Dominis. Edmundo Richer. Juan Launoy. Baillet. *Vidas de los Padres del desierto. Obras de santa Teresa*, traducidas por Arnaldo de Andilly. — 26. Elías Dupin. Ricardo Simon. Le Courayer. — 27. Los dos Pithou. Dupuy. — 28. Pascal. Las *Cartas provinciales*. — 29. El doctor Antonio Arnaud. Los libros de la *Frecuente comunión*; de la *Perpetuidad de la fe*. Nicole. Los *Ensayos de moral*. — 30. Victoria de San Gothard, ganada por Montecuculli contra los Turcos. — 31. Toma de Candia por el gran visir Achmet. Muerte de Clemente IX.

§ I. PONTIFICADO DE INOCENCIO X (15 de setiembre de 1644-7 de enero de 1655).

1. La octava época de la historia de la Iglesia encierra dos siglos muy diferentes; el de Luis XIV y el siglo XVIII. El siglo de Luis XIV, que es el siglo de oro de nuestra literatura, fué profundamente religioso. A pesar de las tendencias galicanas que dominaban desmesuradamente á los obispos y á la corte del gran rey, á pesar de las funestas disensiones que sobrevinieron entre la Santa Sede y la Francia, la fe resplandecía con el sublime brillo y esplendores del ingenio. Bossuet y Fenelon renovaban en sus luchas teológicas los tiempos de Agustino y Crisóstomo. El tratado de Westfalia otorgaba al protestantismo la tolerancia general que reclamaba hacia treinta años con las armas en la mano. Pudo creerse que esta concesion le daría mas vitalidad y poder; pero cabalmente el día de su decadencia data desde el momento mismo en que adquirió el derecho de existir. Cesó de ser temible cuando cesó la controversia. El error necesita para propagarse de la facticia agitacion del combate, y una victoria que le da la paz es la señal de su descomposicion. El catolicismo al contrario vió aumentarse su influencia: todos los talentos se apresuraron á tributarle homenaje y á honrarse de ello, haciéndose de este modo una reaccion favorable á la religion. Los sectarios habian pretendido que la Iglesia romana habia variado en sus dogmas, y que su doctrina no era ya la de los Apóstoles. Se estudió la antigüedad con mayor cuidado, bajo de todos aspectos, y se probó á los sectarios la futilidad

de sus declamaciones. Sin embargo desde las alturas de este gran siglo, iluminado por una misma creencia y respeto por las cosas sagradas, la vista perspicaz de Bossuet vislumbraba ya, en el horizonte del porvenir, una casta de hombres impíos que buscaban en el ateísmo un asilo para sus pasiones, un baluarte para sus desórdenes. El siglo XVIII se encargó de realizar las aprehensiones de su penetración (1). El filosofismo, tan alejado de la verdadera sabiduría como de la fe, se propagó hasta las extremidades del mundo. Dos hombres igualmente famosos, Voltaire y Jacobo Rousseau, popularizaron con sus escritos su odio contra la Iglesia. La Francia, pervertida por sus obras, se vanaglorió de ultrajar la antigua religión de sus padres, y de ofrecer al público menosprecio los obispos y sacerdotes que habían civilizado el mundo. Vióse entonces á una sociedad sin Dios, sin religión, sin fe. Mas no se arranca impunemente del corazón de los hombres el solo freno que puede enfrenar sus pasiones, domar sus perversos instintos. Las impías doctrinas del siglo XVIII, penetrando en las masas, depositaron en estas gérmenes de rebelión y de encarnizamiento. La autoridad, que viene de Dios, ¿puede acaso subsistir, cuando se enseña al pueblo que *Dios no es sino una voz*? Se levantó pues en el seno mismo de la Francia una inmensa borrasca que anegó en un mar de sangre la antigua monarquía, la religión de sus antepasados, la nobleza que había derramado su sangre por la gloria de su patria, y que la derramó á torrentes por los cadalsos. La revolución victoriosa recorrió la Europa atemorizada. Pudo creerse un momento que la Iglesia de Cristo llegaba á sus últimos días; pero tiene promesas de inmortalidad contra las cuales no prevalecerán jamás las puertas del infierno. La Providencia vela por sus destinos. Un conquistador, cuyo nombre y gloria han llenado al mundo, vuelve á levantar los altares (2), y cuando mas tarde ebrio por sus victorias se olvida

(1) Ya se quejaba Pascal, mucho antes que Bossuet, de que había mas de *cien mil* familias ateas en solo París.

(El Traductor.)

(2) Por no leer detenidamente los sucesos de á fines del siglo XVIII y principios

de que Dios es quien levanta á los poderosos y que su brazo aterra con su cólera á los instrumentos rebeldes á sus desig-nios, cuando á su vez quiere luchar contra el augusto pontífice sentado en la silla de Pedro, cae, y atruena al mundo con el ruido de su caída. ¡Lección maravillosa dada á los soberbios que se niegan á inclinarse al yugo tutelar de la Iglesia! El mundo entró entonces en la senda por la cual aun marchamos; la política humana atraviesa horizontes desconocidos; pero nosotros, hijos de la Iglesia, sabemos que la mano de Dios no nos abandonará jamás. Lo pasado responde del porvenir: y ya se van manifestando síntomas de regreso hácia la fe. Tan fecunda como en todo tiempo en obras de salvación, la Iglesia produce en su seno instituciones que nos hubiera envidiado la antigüedad. La propagación de la fe lleva á las extremidades del mundo el nombre de Jesucristo y la luz del Evangelio: corre en lejanas playas la sangre de los mártires que dejará allí semilla de nuevos cristianos. El culto de María se desarrolla con maravilloso progreso y por medio de poderosas congregaciones reúne las mas elevadas inteligencias, los mas nobles corazones. Un movimiento irresistible impele á los espíritus hácia el estudio mas serio y profundo de los dogmas. La imprenta, cuyas impías y licenciosas producciones habían pervertido á la sociedad del siglo XVIII, pone en servicio de la fe sus inmensos medios de propagación. El clero, en todas partes, está á la altura de su misión sublime: sus predicaciones, celo, enseñanza, virtudes y escritos han reconciliado con la religión la ciencia de nuestros días. Cualesquiera que sean los destinos que Dios deparare á la sociedad, la Iglesia ocupará anchuroso lugar y ejercerá su mas alta influencia.

del actual, caen los historiadores franceses en un error sin duda involuntario. La religión principió á levantar cabeza en tiempo del Directorio, y aun algunos meses antes, y ya se habían establecido casi por toda la Francia sacerdotes católicos, celosos é intrépidos, que principaban á levantar nuevas iglesias y abrir las antiguas, en virtud de la libertad de cultos que se proclamó despues de la época del *terror*. El cónsul Bonaparte, deseando popularizarse, no hizo sino dejar ancha facultad para ejercer el culto católico. Mas tarde, siendo emperador, lo hizo mas eficazmente no tanto por espíritu de religión cuanto por política é interés personal suyo.

(El Traductor.)

2. Cuando se hubieron reunido los cardenales para nombrar sucesor al papa Urbano VIII, el marqués de Saint-Chamond, embajador del joven rey de Francia, Luis XIV, de solo seis años, les dirigió un discurso donde se notó el pasaje siguiente: » Nuestros reyes, verdaderamente cristianísimos, han acrecentado las rentas y autoridad de la Iglesia mas que todos los demás monarcas. El sacro colegio no ha de esperar en esta ocasión y en todo tiempo, ni menos asistencia, ni menos favor del rey mi amo, pues que ha nacido en milagros, victorias y triunfos, porque viene del tronco de san Luis, y ha sido engendrado por el mas piadoso padre y mas devota madre que hayan empuñado cetro jamás. Está educado por la madre regenta que ordinariamente le enseña á honrar y sostener la Iglesia, y no puede mostrarle para ello ejemplos mas bellos, ora antiguos, ora modernos, que los de su propia casa real y de mas de sesenta reyes sus antecesores, que se han mantenido constantemente con la mas estrecha y grande union con la Santa Sede. » ¡ Hermosas expresiones, pronunciadas en nombre de un tierno soberano cuyo esplendor habia de eclipsar al de todos sus antepasados! ¡ Dichoso él, si hubiera profesado siempre por los sucesores de san Pedro el respeto que le fué inspirado en la educacion! El 15 de setiembre de 1644, el cardenal Pamphili fué elegido papa, y tomó el nombre de Inocencio X.

3. El nuevo pontífice señaló su advenimiento con dos actos de energía y firmeza. El obispo de Castro acababa de ser asesinado antes de tomar posesion de su silla, por órdenes del duque de esta ciudad, descontento con su nombramiento. Inocencio X mandó inmediatamente tropas contra un vasallo rebelde: la ciudad fué arrasada, y se levantó sobre sus escombros una pirámide con esta inscripcion italiana: *Qui fu Castro!* Aquí estuvo Castro. — El cardenal Antonio Barberini, camarlengo ó tesorero general de Urbano VIII, se habia propasado á exacciones que comprometian la administracion pontifical, y produjo en Roma un descontento universal. Sin esperar la sumaria que se le hizo, se fugó á Francia, donde halló cerca del

cardenal Mazzarini, primer ministro de Luis XIV, poderosa proteccion, gracias á las fuertes sumas de dinero que habia puesto en el tesoro real y que habian de servir para la guerra de Francia contra la casa de Austria. Inocencio X no se arredró, por una causa que interesaba á la honra de la Santa Sede. En 1646 publicó una bula en la cual declaró que todos los miembros del sacro colegio que se ausentasen de los Estados romanos sin su permiso, serian castigados con la confiscacion de sus bienes; que si seis meses mas tarde no hacian sumision en manos del papa, les fuese entredicha la entrada de las iglesias, fuesen privados de sus beneficios, rentas y empleos; y que si aun persistian, perdiesen el capelo sin poder ser restablecidos sino por el mismo sumo soberano pontífice. La bula de Inocencio X promovió en Francia una violenta oposicion. El parlamento de París, que desde dos siglos hacia se arrogaba el derecho de censura de los decretos pontificales, le declaró nulo y abusivo: un acuerdo del consejo real prohibió se enviase en adelante dinero á Roma para expedicion de bulas, y aun hasta se trató de apoderarse de Aviñon y de amenazar la Italia con un armamento de mar y tierra. Pero, como Richelieu en ocasion análoga, Mazarino comprendió que le era imposible hacer guerra á un papa á quien habia prestado juramento de fidelidad y obediencia en calidad de cardenal. Se abrieron pues negociaciones con la corte de Roma. Los Barberinis hicieron sumision, y el papa declaró que consentia en perdonarlos, por consideracion al rey cristianísimo que les honraba con su proteccion. El cardenal Barberini logró despues el arzobispado de Reims y el título de gran limosnero de Francia.

4. Dos graves acontecimientos acababan de estallar en Nápoles. Un pescador de Amalfi, en un movimiento popular contra el duque de Arcos, virey de Nápoles por Felipe IV, se vió elevado á la mayor fortuna y aclamado como soberano de Nápoles por un pueblo delirante. El nombre de Mazaniello tomó de este modo plaza entre los célebres aventureros á quienes saca de la nada un capricho del populacho, y con otro capricho los vuelve á sumir en la nada. Inocencio X se negó á

reconocer un poder que por otra parte no podia ser durable. Se le aconsejó se aprovechase de esta circunstancia para enviar tropas á Nápoles y volver á tomar la antigua soberanía devoluta á la Santa Sede. El papa respondió con magnanimidad que no le tocaba al Padre comun de los fieles agravar las desgracias de un príncipe cristiano; é inmediatamente hizo suministrar al virey treinta mil escudos, y le autorizó para que levantase tropas en los Estados pontificios, asegurándole que la Santa Sede defenderia con fidelidad los intereses del rey católico. Estas seguridades, juntas con la inexperiencia del caudillo de la revolucion y con el poco valor de los extranjeros que habian tramado la rebelion, ayudaron al virey á conjurar la tormenta. Mazaniello fué degollado por los mismos que le habian elevado al poder. Los rebeldes ofrecieron entonces el trono al duque de Guisa, que se dejó seducir por la perspectiva de una corona. El nuevo caudillo deshizo las tropas españolas mandadas por Don Juan, y tomó las riendas del gobierno; pero abandonado por los mismos Napolitanos, fué hecho prisionero, y el virey restableció pronto la autoridad de Felipe IV en toda la Italia meridional (1646-1647). Algunos años antes, en 1640, una revolucion de carácter muy diferente habia quitado á la España [con el auxilio y por instigacion de la Inglaterra] un reino. A la muerte del cardenal Enrique, en 1580, Felipe II habia reunido á sus Estados el Portugal. Pero una administracion hostil ⁽¹⁾ no tardó en descontentar á sus nuevos vasallos: en 1640, el duque de Braganza fué puesto sobre el trono de Portugal y fundó allí su dinastía. Felipe IV habia sido despojado de lo que Felipe II llamaba, con impolítica bulla, « el reinito de Portugal. » La corte de España insistió fuertemente cerca de Inocencio X para impedir reconociese la nueva monarquía portuguesa; pero el papa creyó deber reconocer á Juan IV como rey legítimo.

(1) Los escritos publicados en Londres y otras ciudades de Inglaterra, enemiga capital de la católica España, prueban que aquella potencia promovió, ayudó y consumó la revolucion de Portugal, que desde entonces no ha sido sino un satélite de la Inglaterra.

(El Traductor.)

5. Muy atenta estaba la Europa á los acontecimientos que iban por fin á terminar la guerra de *Treinta años*: todas las miradas estaban fijas en Munster de Westfalia, donde los representantes de todas las potencias trabajaban el famoso tratado que terminó tantas y tan largas contiendas. Se personó allí un legado de la Santa Sede para hacer respetar los derechos de su soberano. El odio del protestantismo contra la Iglesia romana era tan vivo, que el embajador sueco abandonó la ciudad á su llegada y se retiró á Osnabruck. No es necesario dar cuenta de la solucion dada en esta asamblea á las cuestiones políticas extrañas á la historia eclesiástica; sin embargo debemos decir que los soberanos católicos no hicieron por la religion lo que se esperaba de su celo. En vano trató el legado de Inocencio X de hacer se siguieran los consejos y sentimientos mas nobles y elevados: se sacrificaron los intereses del cielo á los de la tierra. Se dejó á los protestantes en posesion de los arzobispados, obispados, abadías y conventos de que se habian apoderado. El papa y los obispos quedaron privados de todo medio activo de jurisdiccion sobre los católicos que se hallaban aun en los países luteranos. Los reformados de todas las sectas obtuvieron el libre ejercicio de su respectivo culto. Se estableció que en las comarcas donde habitaban juntos protestantes y católicos, cada partido guardaria sus bienes, derechos y rentas cuya posesion pudiera justificar en el año 1625, lo que se llamó *año normal*, á excepcion del Palatinado, donde el *año normal* se fijó en 1619. Ahora bien, en 1624 la mayor parte de los bienes eclesiásticos se hallaban en manos de los reformados. Las demás cláusulas del tratado conciernen á la historia profana, y seria largo detallarlas aquí. El papa Inocencio X protestó contra todo lo que se habia decidido en contra de los católicos, pero no fué escuchado. Los hombres políticos de entonces, creyeron haber hecho mucho separando así su accion de la del pontificado. Ciegos, que no vieron formarse á sus espaldas la tormenta de las revoluciones, siempre desencadenadas contra los poderes, cuando á los ojos de los pueblos no se presentan ya con la majestad de un carácter religioso. Eman-